

para lucir su gentil y fecunda gala; y al propio tiempo parleras cascadas que de las empinadas cumbres se desprendian, esparciendo unas veces y juntando otras sus aguas en transparente lago, donde como en un espejo se retrataban, coronadas de mirtos, sus ondulantes márgenes. Las aves prorumpian á una en sus gorjeos, y las primaverales brisas, difundiendo la fragancia de los campos y los bosques, asociaban sus murmullos al del trémulo ramaje; miéntras ejercitaba sus danzas festivas Pan, númen universal, rodeado de las Gracias y las Horas, y seguido de una perpétua primavera. No era tan delicioso el Enna, por donde Proserpina iba cogiendo flores, cuando ella, flor más hermosa aún, fué arrebatada por el tenebroso Pluton, y ocasionó á su madre el dolor de buscarla por el mundo todo. Ni era tan apacible la floresta de Dafne, junto al Oronte; ni la que bañaba la inspiradora fuente de Castalia; ni la isla Nisea, cercada del rio Triton, donde el viejo Cam, á quien los gentiles llaman Ammon y los de la Libia Júpiter, ocultó á Amaltea y á su sonrosado hijo, el niño Baco, de la vista de su madrastra Rhea. El mismo monte Amara, en que los reyes de Abisinia guardaban á sus hijos, tenido por algunos como el verdadero Paraiso, situado en la Etiopia, cabe las fuentes del Nilo, aquel escarpado monte, puesto entre rocas de alabastro, que no podía subirse en todo un dia, en manera alguna podia compararse con este jardin de Asiria, donde el principe infernal vió con desplacer tantos placeres juntos y tantas especies de vivientes seres, nuevas para él y desconocidas.

Dos de ellos de más noble figura, de cuerpo recto y elevado, recto como el de los dioses, ostentando una dignidad natural y una desnudez majestuosa, parecian los señores de aquel imperio, y se mostraban dignos de serlo. En sus celestiales miradas resplandecia la imágen de su Creador, la verdad, la inteligencia, la santidad pura y severa, que no excluia la verdadera libertad filial, de que procede la autoridad humana. No eran iguales ambos, ni parecian de un mismo sexo: él nacido para la reflexion y el valor, ella para la dulzura y la gracia seductora; él solo para Dios, ella para Dios y para él. La frente hermosa y ancha del uno y su sublime mirada indican su autoridad suprema; sus cabellos de color de jacinto, partidos por mitad, caen en varoniles bucles sobre sus hombros, pero sin pasar de ellos; la cabellera de la otra, de largas hebras doradas, extendida como un velo, descende ondulando hasta su delicado talle, y se recoge en multitud de anillos, como se enredan los de las vides, emblema de dependencia, impuesta con el más tierno ascendiente, otorgada por ella, recibida por él y consagrada con actos de



espontánea sumision, de modesta resistencia y de esquivéz tan dulce como amorosa. No había entónces en ellos parte alguna velada ni secreta; no conócian el falso pudor, ni la vergüenza que mancilla las obras de la naturaleza. Infame vergüenza, hija del pecado: ¡qué de zozobras causaste á la humanidad con esa mentida apariencia de pureza, privándonos de la mayor ventura de la vida, la sinceridad del corazon, la paz inmaculada de la inocencia!

Iban así ambos mostrando su desnudez, y como ignorantes del mal, sin ocultarse de las miradas de Dios, ni las de los ángeles. Iban asidos de las manos, con dos almas las más enamoradas que unió jamás en sus vinculos amor: Adán el más bello de los hombres que fueron sus hijos, y Eva la más hermosa de las mujeres. Sentáronse en el mullido césped, á la sombra de una espesura que exhalaba perfumadas auras, y cerca de una cristalina fuente. Habíanse ejercitado en el cultivo de su querido jardín cuanto bastaba á hacerles despues grata la fresca impresion del céfiro, y más dulce el reposo, y más refrigerante la satisfaccion de la sed y el hambre. Sirviéronse de los frutos que eran su comida, frutos sabrosísimos que doblándose las ramas les ofrecían, y descansaban recostados sobre el blando musgo, tapizado de brillantes flores. De la corteza de los frutos que habían gustado, hacían vasos para apagar la sed con el agua del arroyo que rebosaba; y no faltaban en aquel banquete dulces requiebros ni cariñosas sonrisas, naturales en esposos dichosamente unidos por el vinculo nupcial, y que se veían á solas.

Al rededor de ellos jugueteaban todos los animales terrestres, que por su ferocidad fueron despues perseguidos en bosques y desiertos, en montes y cavernas. Allí triscaba el leon, meciendo suavemente entre sus garras al corderillo: osos, tigres, panteras y leopardos retozaban alegres en su presencia. Para divertirlos, desplegaba allí el monstruoso elefante todas sus fuerzas, retorciendo á uno y otro lado su flexible trompa; deslizábase hácia ellos la lisonjera serpiente, enroscando en complicados nudos sus escamas, y dando ya indicios de su fatal malicia, no conocida aún: y otros animales yacían sobre la yerba, unos que habiendo acabado de pastar, fijaban los ojos con mirada inmóvil, otros que estaban rumiando y adormecidos; porque ya el sol iba declinando y apresurando el fin de su curso hácia las islas del Océano, y los astros precursores de la noche subían por la ascendente escala del cielo; á tiempo que Satan, dominado del mismo asombro que al principio, y sin poder apénas recobrar su desfallecida voz, exclamaba así:

«¡Oh Infierno! ¡Qué triste espectáculo se ofrece ante mis ojos! ¿Posible es



DE LA CORTEZA DE LOS FRUTOS HACIAN VASOS PARA APAGAR LA SED.



que ocupen nuestro dichoso lugar y tan bienaventurados sean esos seres de otra especie, nacidos quizá de la tierra, que no son espíritus, y sin embargo tan poco se diferencian de los brillantes espíritus celestiales? No puedo contemplarlos sin asombro, y aún creo que podría amarlos; tan perfecta es su semejanza con la divinidad, y tal gracia ha comunicado á sus formas la mano de que han salido. ¡Oh bellisimas criaturas! No podeis figuraros el cambio á que estais ya expuestos, y cuán pronto se trocará en desdicha vuestro bienestar; desdicha tanto mayor, cuanto más felices os juzgais ahora. Bienaventurados sois; pero poca defensa tiene vuestra bienaventuranza para que dure mucho; y esa mansion sublime, vuestro cielo, no tiene toda la fortaleza que necesita un cielo para resistir al enemigo que ahora penetra en él. Yo no soy enemigo vuestro, ántes bien os compadezco al veros asi abandonados, y á pesar de la ninguna compasion que conmigo se ha tenido. Quiero formar alianza con vosotros, contraer una amistad tan íntima y tan estrecha, que en lo sucesivo viva yo con vosotros, ó vosotros vivais conmigo. No os parecerá mi mansion tan agradable como este risueño Paraíso, pero la aceptareis, porque al fin es obra de vuestro Hacedor: él me la cedió á mi, y con igual generosidad os la cedo yo á vosotros. El infierno abrirá de par en par sus puertas para recibiros, y á recibiros saldrán tambien todos sus magnates. No os vereis alli reducidos á tan estrechos limites como estos, y tendreis suficiente espacio para vuestra innumerable descendencia. Si el lugar no es más delicioso, quejaos del que me obliga á tomar venganza de sus ofensas en vosotros, que no me habeis ofendido; y aunque vuestra cándida inocencia me inspire piedad, como en efecto me inspira, el público bien, que es preferible, y el honor de un imperio que, gracias á mi venganza, ensanchará sus limites con la conquista de un nuevo mundo, me obligan á hacer lo que de otra suerte, áun estando condenado, me repugnaria.»

Así discurría Satan, excusando con la necesidad, que es la razon de los tiranos, sus diabólicos proyectos; y descendiendo de la alta cima del árbol en que se habia colocado, se introduce entre la bulliciosa turba de los cuadrúpedos, toma ya una, ya otra de sus formas, segun convenia mejor á sus designios, observa de cerca su presa sin ser notado, y presta atencion á sus palabras, y expia sus acciones para averiguar cuanto deseaba saber sobre su estado. Tan pronto, como leon de fiero aspecto, da vueltas al rededor de ellos; ó como tigre que descubre casualmente orillas de un bosque dos tiernos cervatillos retozando, se agacha